



### A mi perro Turko.

Nació un 7 de septiembre precisamente cuando Teror es un puro hervidero de alegría bullicio y fe.

Llegó para llenar mi vida de numerosos momentos y para elegirme como su universo porque así fue como siempre me hizo sentir.

Era la cosa más bonita que había visto, un ser mínimo de orejas puntiagudas, ojos saltones, un pelaje dorado precioso y una frente de curva perfecta.

En horas había ocupado toda mi atención a mis 17 años, entre acné y la edad del pavo. Ahí fue cuando la vida nos uniría con ese mítico hilo rojo, pero esta vez, de manera humano-perruna.

La fusión era tan perfecta que nos convertimos en sombras mutuas y digo mutuas, porque a día de hoy, no logro identificar quién seguía a quien.

No era un perro amable ni simpático ni siquiera gracioso, pero él sabía curarme cualquiera de mis inviernos interiores y multiplicar por mil mis primaveras emocionales, y mira que tuve.

Era amor sólo conmigo, pues tenía innumerables problemas con las relaciones socio-humanas, incluso en el entorno familiar. Sólo quería a otros cuando yo me ausentaba, una conveniencia pasmosa y descarada que los demás veían como una oportunidad para el acercamiento y poder trazar una línea amiga a tal rebeldía.

Cualquier voz que se dirigía a mí tenía una sentencia firme a una llamada de atención con ladridos varios y una ocasión para mostrar una dentadura muy lejos de la perfección y poco amigable, exquisitas selecciones sin patrones lógicos a seguir.

Así llenamos de complicidad nuestros años con algún drama de por medio.

Casualmente se ponía enfermo cuando me veía bajar la maleta del altillo para hacer algún viaje, al prepararla se metía dentro por si me olvidaba que él quería su hueco y eso con franqueza, me hacía irme siempre bastante triste.

Mi madre a la que nunca le tuvo gran afecto, me contaba que se venía abajo, que no salía de su caseta y hasta dejaba de comer. Al volver siempre le pedía que lo llevara al aeropuerto no quería que el momento de encontrarnos se dilatara.

Nadie te prepara ni te explica que de igual manera que envejecemos lo hacen ellos, debí hacerme a la idea por la lógica que tiene, pero lo obvié quizás por defensa propia de pensar en perderle.

Que duro fue verle apagarse. Siempre tuve claro una cosa, si alguna vez sufría y no había remedio posible para aliviarlo, le ayudaría a dejar de vivir físicamente porque nunca se puede tener un gesto de amor más grande que evitar el sufrimiento cuando ves que la muerte va acomodando su sitio y ganando la partida a la vida.

Con el tiempo, como todo, miras con otro prisma las vivencias y no puedo estar más agradecida por esos 18 años de amor, de risas y de convertirnos en una prolongación en la vida del otro. No sé porque, en mis fantasías siempre imaginé que cuando fue juzgado para entrar al arcoíris de los perros o al infierno, él no esperó el veredicto, entró sin más, haciendo un corte de manga y sin pedir permiso se instaló en el color rosa del arcoíris porque sabía que ese era mi color favorito. Le echo de menos y echo de menos como era yo cuando él estaba... el amor es amor y punto.

Daya.